



LA DOCENCIA DE ISIDRO FABELA

POR RAÚL OSEGUEDA,

(Ex Canciller y escritor guatemalteco)

¡Delincuencia juvenil!... ¡Criminalidad juvenil!... ¡Piedras y más piedras!... ¡Depredación, vandalismo, barbarie!... son las imprecaciones sociales de la hora.

En efecto: en cercana navidad los jóvenes noruegos “celebraron” la fecha incendiando autobuses. Sus coetáneos estadounidenses juegan a deportes más complicados: en Pedruzco (Little Rock) —nombre simbólico— lapidaron a jóvenes negros que quieren estudiar, ensayando en otras partes juegos de pistolas y dando muerte a un poliomielítico que tomaba aire y sol en un parque. En Buenos Aires, Santiago, Lima, Caracas, México, Río, magnificando la piedra, los jóvenes han circunscrito espacios vitales y espirituales, arrojando a los intrusos a fuerza de sus brazos. La piedra ha sido heraldo de la muerte; el joven primitivo resultó víctima de la técnica hecha balas de piadosa ayuda hemisférica: Thompson ha dicho su palabra rubricándola con sangre. En Cuba, cientos de adolescentes, en lucha sin nombre ni cuartel, han muerto sin disfrutar el paraíso colombino, hecho templo por Martí. En la Guatemala invadida, la juventud ha madurado con la prisa de planta de invernadero: sus decisiones son adultas como sus ideas y por tener patria y libertad han caído sin alardes, quejas o rencores. Los jóvenes panameños, en rebelión de edades, han hecho de una colina de estudios bastión de independencia y de soberanía. En la Londres de los cendales de niebla y carbón en el aire, los jóvenes caballeros de la City se han comportado como vulgares sureños de Pedruzco, jugando a expulsar colonos ultramarinos. En Chipre, en Tahilandia, en Hungría, en Suráfrica, en Argelia, en París, en Líbano, en

Nicaragua, en... todas partes burbujan fermentos, hay desencuentro, lucha, alarma.

En todas partes, el desafío juvenil es respondido por la sociedad con punición, diferenciación, abandono. Pero, ante la pertinaz evidencia seguiremos aferrándonos a ceguera, mudez e inacción?... ¿A dónde se encamina la juventud del mundo? ¿Qué verdad encierra el estribillo pensístico de que se trata de una rebelión sin causa? ¿Qué está pasando con el joven del hombre de nuestro minúsculo planeta?...

En este nuestro siglo de la alergia y de las fobias nos hemos ido hiperestesiando: lo que ocurra a un camellero mesoriental, a un pescador nipón, a una quintuplera canadiense, a un cazador lapón, a un camionero argentino; al chino que tira riska, al goleador carioca, al tritón mexicano, etc., lo vivimos con ellos; con presteza y verdad. El hombre recobra en su ser el ser del hombre. El hacer humano se llena de conexión de sentido, de estar allí y ser nuestro. De donde resulta que el pretendidamente universal desencuentro es ficticio y facticio, siendo su amargo fruto una rebeldía que tanto es individual como gregaria. Por dentro deja rabia emprender camino si está embrujado, si nos pierde o se pierde dejándonos al garete. Por fuera y con nuestros semejantes, quiebra el ánimo sentir que el hermano deja de serlo. Ante la doble presión no hay ecuanimidad posible. Pero la rebelión subsiste en un siglo en que el hombre ha sido magnificado y los pueblos han merecido exaltación más allá de las supremas valoraciones. ¿Cómo ha esto ocurrido y cómo la indefensión individual y el desamparo colectivo han suplantado a la sublimación de la persona y al reinado del pueblo?...

* * *

La rebelión juvenil americana constituye el más compacto movimiento universal de que se tenga memoria: nos trajo independencia de pueblos, reformas esenciales, revoluciones sociales. Nos dejó un ser de valor y de pelea. Al filo del siglo la juventud alemana se hizo notar en rebeldía gregaria (los movimientos del Wandervogel y el Wanderverein). En 1918 la juventud argentina unió a la simple rebelión contra un sistema la planificación ideal de la sociedad; el movimiento se hizo peruano, mexicano, cubano, gua-

temalteco, americano en fin. Se llenó de palabras al tiempo que la planificación del verbo en la realidad se vio paliada, enrabada, desviada o simplemente decapitada.

Las dos guerras fueron sirenas ululantes que en la noche de las almas pusieron alarma y llamaron a la extinción de un incendio universal. Los hombres pactaron a medias pero pactaron: debieron admitir su propio valer y erigir una comunidad de ideales de amor, paz y trabajo, en convención humana no basada en semejanzas sino en diferencias esenciales, cuya aceptación configuró la imagen del hombre contemporáneo.

En una era electrónica de científicismo práctico triunfante y de científicismo teórico, igualmente triunfante, el hombre se asió al clavo ardiente de sí mismo, con nueva conciencia de su nueva dimensión y de su nueva responsabilidad. No pudo menos de confesarse que en su propio corazón estaba la clave del desencuentro y de la guerra y que solamente en él había que buscar la contraparte; la comprensión y la paz. Pero el remedio ha resultado ser de acción lenta: su contrainstinto, su contravalor resintió el impacto pero pudo sobrevivir readaptándose, camuflado, subterráneo pero no menos virulento. Su dinámica, momentaneamente diferida, canalizó en substitutivos, no menos letales y no menos eficaces. La incomprensión cobró inusitada fuerza y la guerra se hizo fría, racional, científica, no dicha sino actuada, tras pesados cortinajes de falsía, disimulo o fuerza.

Y sobre ese trasfondo vivo, la escisión radical de los hombres configuró doctrinas estridentemente contrapuestas: de la indeterminada tesis de la personalidad, la más noble, endeble y pura aspiración tendida al infinito, se quiso hacer iniciativa individual, comercial, sin freno, tope, o sanción; de la universal socialización del ser del hombre a través de su común problemática se pretendió resucitar el dogma de administración cesárea y determinaciones rebañegas, remotas a la unanimidad bienhechora de lo que en el hombre es valioso y propio. La disyunción con ser falsa ha hecho estragos. ¿Cuál es el camino?...

La capacidad supersónica del adulto contemporáneo centuplicada en luneta o cohete, viaja muy por detrás de la comprensión aparentemente incompresiva de la juventud del mundo. La porción adulta del globo, gobernante y senecta, no puede seguir manteniendo separos estelares entre los valores y los objetos de valor;

ni dentro de los himalayas de incomprensión que los hombres facturan cada día, se puede seguir incurriendo en dialecsis elementales propias del totalitarismo estimativo de los cinco años de edad: todo-nada, blanco-negro, parte-contraparte. El ideal ha sido substituido por una ecuación en la era en que la fórmula misma de la materia-energía no es hermética. Los jóvenes se debaten entre la separación existente de lo que se ha proclamado a favor del hombre y de lo que en la práctica se hace en contra del hombre. No pueden comprenderlo. La postura absolutista de su edad —que es bella, que no vuelve, que es destello en la breve trayectoria vital—, exige para su autoafirmación que exista correspondencia firme entre las postulaciones de valor y los objetos de valor. La juventud no alcanza que un piso ideológico vigente(cualquiera que sea) sea suelo sísmico ni menos que se lo fuerce a ser arena move-diza y sorbente de confusión. Los jóvenes se sublevan contra la sospecha: su bulla se levanta contra el silencio; el misterio es motor hacia un saber comprensivo, con fuerza de necesidad consubstancial. El joven pretende saber. El sabio epistemólogo pretende saber. Uno es promesa de hombre y el otro hombre que se consume. El joven pretende creer en lo que es y devendrá, con la misma urgencia de un pontífice en creer en lo que fue y en lo que le espera de bienaventuranza. El joven pretende crear nuevo cántico, nueva estrofa, nuevo molde, nueva verdad, nueva doctrina, nueva sociedad, con la tenacidad que el adulto se cierra en la conservación, en la evocación y en el recuerdo. Y no es que se trate de esa bestia concupiscente e insaciable que el filósofo desveló en el ser humano: el joven sabiendo busca creer y sabe conformarse. Pero no acepta en vano ser engañado; el escepticismo y la incredulidad no son ingredientes juveniles, hechos que alertan a cualesquier dictadura en planes de indoctrinación pretendidamente válida. A pesar de los obstáculos los jóvenes hallan el camino.

Pero aquí no intentamos contraponer el resorte que arranca con vertiginoso impulso y la cuerda que se ha cansado o está rota. Más bien parece cuerdo percibir la fina entramación entre lo que se hace y lo ya hecho. Y pareciera ser que la clave está toda en la interrelación de las generaciones y la congruencia que entre ellas deberá establecerse. Obrar de otro modo será oponer sin fruto el credo al credo, la idea a la idea, el hermano al hermano, el padre

al hijo, el alumno al maestro, el gobernado al gobernante, el país al país, el hombre a la raza.

Cómo satisfacer a los jóvenes explicándoles que en nombre de la paz nos preparemos para la guerra; que apelando a la seguridad sembremos la inseguridad; que la libertad sea invocada en el acto opresivo; que la opinión tenga por símbolo la mordaza; que la piedad sea más cara de cinismo?... ¿Cómo llenar su oquedad afectiva con invocaciones al amor, conducentes a la separación y al odio?... ¿Cómo a él, que es torrente de energía que brota y se pierde con avalancha de polen, como esperma inagotable, como lluvia incesante, como luz eternal vamos a conformarlo con la inacción de lo vacuo cuando no de lo falso?...

Crecientemente nos hemos afirmado en la idea de que la crisis puberal y juvenil es mal social que no individual. ¿Cómo puede el rosal sufrir crisis porque sus ramas se carguen de botones o se abran sus rosas?... La real crisis proviene de la mala semilla, del exhausto yermo, del sol agostante, de la perdigonada del granizo, de la tijera inclemente, del jarrón que encareta a la muerte y hace efímera a la belleza del matiz y el perfume. Pero nunca provendrá del germen maduro, del suelo que es humus, del calor de invernadero, del rocío perlado, del ambiente propicio, del hogar que se afirma, de la patria acrecida, del mundo en progreso.

La adolescencia y la juventud del mundo están viviendo instancias fuera del círculo de sus urgencias de desarrollo, por dos razones que se nos ocurren valederas: 1) porque no se las atiende en toda su amplitud; 2) porque la sociedad descubre ante ellas sus flancos débiles, con proyección, desnudez y prontitud impensadas en el pasado. Y antes de hablar de clases, al tratar de jóvenes, podemos comprobar ahora que el fenómeno de su rebelión es general.

La información oral y periodística de principios de siglo, a los efectos del conocimiento, era muy limitada por parte de juventudes abrumadoramente analfabetas. El advenimiento de la información audiovisual, la apertura de oportunidad educativa más generalizada, el acrecentamiento de los medios escritos, aderezados con ilustraciones y eficaz metodología (para bien y para mal), han llevado a la difusión a grados en que ya se percibe la necesidad de su encauzamiento y de su utilización más efectiva, ajenamente a su sola comercialización. La técnica, además, eliminó distancias; una cada vez más afirmativa posibilidad de información no defor-

mada, ha puesto en primer plano los problemas del hombre en todas las latitudes; difusoras hay que transmiten noticias a cada minuto durante veinticuatro horas. Y a los efectos de atraer la atención masiva —o bien en servicio de intereses no sociales— las noticias principiaron siendo dramáticas, abultadas, negativas, amarillistas. Pero la fatiga subsecuente ocasionó un fracaso en cadena; otros campos fueron colonizados, en los que el hombre no es existencia en tragedia, ratonera sin salida o incógnita insoluble. Lo banal, lo diario, lo desapercibido se han llenado de contenido de verdad, de poesía, de dirección, de esperanzada fe. Pero, lo que interesa destacar de la avalancha informativa, además de la ligazón que ha tendido entre los hombres, es la discusión de los problemas que a éstos afectan. La exposición de puntos de vista contrapuestos, la posibilidad de examinarlos y tomar partida, la imposibilidad de seguir imponiendo indefinidamente estimaciones ayunas de verdad, han contribuido a afinar nuestras antenas mentales. La total secrecía posible del pasado en el manejo de la cosa pública, local o internacional, va resultando cada día menos mantenable. Los asuntos humanos cada día que pasa pierden propietarios y se hacen del dominio común. Y en este momento es cuando las contradicciones tácitas y manifiestas cobran tal relieve que impide puedan ser pasadas por alto. El dictador mimetizado en campo de indiferencia, desconocimiento o silencio del pasado, no puede seguir sosteniendo por más tiempo que sirve a la democracia ni al pueblo que lo soporta. Y esto está ocurriendo en momentos en que dispone de una propaganda de la que puede servirse a discreción; dentro de la otra ligazón establecida a través de organismos de comprensión, concordia y construcción creadoras que han unido a los pueblos, pese a sus gobernantes, los manchones dictatoriales se han vuelto espesos e insoportables.

En un siglo en el que la acción aparece magnificada con imperativos peculiares, la cabeza no puede ignorar al cuerpo que la sustenta. El latino vidente pudiera exclamar con modernidad: “Hechos y no palabras”. Y en el campo de la realidad es donde las sociedades contemporáneas sufrientes de desamparo y discriminaciones han comprobado la abismal distancia entre aquello con lo que se las consuela y la verdad hecha práctica. No escapan a la crítica reyes, papas, presidentes, secretarios, líderes... intocables hasta ayer. El mesianismo agoniza cuando su signo no llena ins-

tancias de valor, mientras que la contraparte legítima, no obstante circunstancias adversas, conmueve a la humanidad en asqueamiento y esperanza (llámense Gandhi o Roosevelt), sin que sus categorías de vigencia tengan nada de común con el éxito, con la muerte ni factores subalternos.

Tal panorama general acusa en lo doméstico notas semejantes. El reajuste aparece como imprescindible. El grupo más totalitario del presente se ve obligado, ante una especie de vindicta universal, a esgrimir razones y a defenderse atacando. Pero este tipo de justificación tiene sus límites: fatiga, ofende, enardece. Y cuando se ha confundido la inercia con la indiferencia, sorpresivos resultan los sacudimientos diarios que ya son decididamente universales.

Hoy como nunca vive la juventud una experiencia que no puede sino ser de primera mano: experiencia vivida, no transferible, personal como de uso íntimo. Y en una sociedad contradictoria ¿qué de extrañar resulta que la juventud aparezca como contradictoria?... Pero vale destacar una insoslayable diferencia: la juventud del mundo está abriendo caminos para la realización de las formulaciones adultas, hasta aquí tan trabajosamente elaboradas por los hombres y su historia. Aunque el precio sea estafarla forzándola a protagonizar instancias más allá de sus intereses del desarrollo y de sus impulsiones psíquicas valederas!...

Cuando ya disponemos —en la letra— de una tabla de derechos humanos erigidos como absolutos y por tanto invulnerables; cuando nos damos cuenta de que en vez de proseguir la marcha ascendente, nos hemos sentado en el camino a la sombra del árbol frondoso y acogedor de la conformidad; cuando la alarma adulta es general porque sabemos estar muy atrás del cumplimiento de las formulaciones aceptadas en convenciones de pueblos... ¡cómo nos sacude que la juventud nos lo recuerde!...

Existe desencuentro entre una humanidad adulta erigida en docente y un educando tierno que no comprende —como se le ha enseñado— que al pan no se le llame pan y al vino no se le llame vino, precisamente allí, en el momento del banquete supuesto suculento de pan, peces y vino bíblico para todos.

La humanidad adulta no puede seguir actuando fuera de los cánones que ha elaborado y aceptado como válidos. Los jóvenes los viven a cabalidad; se apoyan en ellos firmemente, con ansiedad

vital; no pueden prescindir de ellos sin conmoción, espanto o lesiones imborrables. Debemos, entonces, establecer la armonía entre el decir y el hacer; entre la verdad y su objeto; entre nuestra conciencia y la urgencia social; entre el mundo vivido y el legítimamente ambicionado. Debemos los adultos, con decisión de honradez y sinceridad, retomar el camino que hará a los hombres iguales, hermanos, libres, dentro de una comunidad mundial. No hacerlo así nos llevará, indefectiblemente, al despertar pesaroso y al crujir de dientes de un "demasiado tarde".

* * *

Las grandes direcciones de la humanidad, siendo de extracción gregaria apuntan en personalidades que limitan sus vidas en una dirección, con intensidad tal que se abre al infinito por su fidelidad inalterable al deber, erigido en norma y acción.

ISIDRO FABELA cuenta entre esos pocos privilegiados, abroquelados al dolor, la fatiga y la desilusión, entes atentos al deber, del tipo heroico que el vitalismo criticó a Kant. De allí su vigencia. Es un mexicano circunscrito a su patria, a su tiempo, a sus problemas. Y dentro de su lealtad admirable ha desembocado al dintorno humano con sencillez, enardecido de pasión, caballero del ideal, campeón de la justicia en busca de la verdad, capaz de equivocarse y de retomar el camino.

ISIDRO FABELA inviste la permanente juventud presentida por los iberos en la América. Sus tareas son jóvenes y su pasado es actual. Está todo vivo y perdurará para bien general. Ha investido a la justicia en honor de su toga y su palabra y sus hechos han sido encontrados válidos allende el mar. De su política ha integrado docencia: conformando lo anhelado a su austero perseguiamiento, ignorando valladares. Por eso la juventud lo acompaña en esta crisis que se está haciendo crónica; por eso se reactualiza su palabra, su obra, su vida, en suma. Por eso, como en la leyenda vernácula seguirá siendo proceso y consecuentemente creación.

Otros escritores de autoridad y competencia mostrarán las facetas del diamante FABELA. Aquí evocaré destellos del docente de medio siglo atrás, cuando en su México estudiaba enseñando su historia, sus letras y el derecho de su tierra y de sus compatriotas. Cuando hacía de su incipiente legalidad práctica viva como defen-

sor de pobres. Cuando por el puente de la geografía se acercó a las fronteras patrias. Cuando la lengua se hizo en su pluma vehículo de estirpe hispana. Cuando ya fuera de su circunscripción geográfico-cultural buscó tras la conexión la raíz del árbol del derecho.

FABELA, desde sus inicios profesionales y con simultaneidad inusitada, alternó la docencia con el servicio estadual, primero, y luego con el servicio federal. Tras servir los asuntos internos de su patria llegó a dirigir sus negocios exteriores, partiendo de aquí, como plenipotenciario mexicano, a colonizar con sus ideas y actuación destacadas al nuevo y viejo continentes. Y ya dentro del campo internacional afirmó su presencia indiscutible como juez, miembro o representante de su patria en los más altos círculos del mundo, tanto en instituciones transitorias como permanentes. FABELA conquistó el derecho de participar en la inauguración del internacionalismo contemporáneo, a través de su ayuda, su eficacia, su ejemplo.

El escritor, en tanto, fue asentando la constancia del esfuerzo y jalonando el camino. FABELA se inició tomando fotografías literarias de su tierra, descubriendo que en ella “el amo es triste”; hizo bocetos de la gran Revolución Mexicana y los tradujo en arengas encendidas, llegando al final de este tramo de su camino a encontrar al Quijote. Oteando desde lo alto enfocó a la libertad, a sus paladines (dialogó con Cárdenas), a la de su tierra —entrabada por Estados Unidos—, hasta apuntar a la libertad de los hombres. Su palabra valiente, concisa, justa, acompañó con constancia ejemplar a las conferencias internacionales, desechando el camino fácil de la crítica blanda y, por el contrario, señalando en las tempestades puerto.

FABELA nos aparece como continuidad creadora; esta es la desazón de sus críticos que no comprenden su firme validez, su estabilidad de pirámide criolla. Pero la explicación de su milagro la expresó su propia vida con simplicidad compleja: de su tierra a la tierra; de sus hombres al hombre. Contrariamente a la determinación geográfico-cultural, la tierra madre fue el talismán que electrizó su esfuerzo: en ella se originó, en ella estuvo, en ella vivió ausencias, en ella se conserva, en ella estará siempre.

FABELA-docente es solución universal para las juventudes sin norte aunque con causa. FABELA-docente es también solución lo-

cal. Creer otra cosa es imaginar siquiera que México nos duele, que Guatemala nos duele, que América nos duele; que no peleamos por ellas; que no las amamos suficientemente; que nos declaramos sin lucha incapaces para arrancar de nuestra condición de homúnculos hacia la plenitud humana; que necesitamos de tutores mentales o totales; que no merecemos la libertad a la que aspiramos. Mas, afortunadamente, no ha sido así. México ha estructurado una revolución justiciera dentro del siglo xx, que hace honor a sus próceres y factores; México, en pleno siglo xix inauguró su Reforma, del modo que en sus inicios inauguró con gran estilo la independencia americana. México ha ocupado, bajo un sol de dignidad, un sitio que le es propio, que le cuesta, que lo mantiene, sobre todo en esta época de grandes postulaciones y subalternos haceres.

FABELA inspira confianza; y respeto; y afecto. Ha sabido en medio siglo de ejercicio del derecho, ser consecuente, siendo su lección su fe absoluta en el triunfo del derecho sobre todos los hombres y tierras. Por eso los jóvenes promueven este homenaje y retoman la antorcha esclarecedora, alumbrados contra los azares del camino. Bien haya el maestro que no provoca desencuentros y que es capaz de citar y reunir a sus alumnos en el templo de la dignidad, en desafío a cincuenta años de distancia!...

Cerrando estas líneas, cariñosamente pedidas dentro de plazo, detengámonos todavía, en FABELA-padre y maestro, cuando en momento solemne, sienta al hijo a su vera y lo previene para el vuelo. Este instante, cuando el maestro queda solo, es piedra de toque para la grandeza o la miseria. Puede actuar un hombre o bien actuar un Dios. Pero el maestro de verdad no vacila en el instante. Por el contrario: sabe estar preparado a la hora de la hora; su vocación altísima lo ha prevenido para el momento cumbre de su vida. El maestro sabe que su obra no acaba nunca; que es inconclusa; que está siempre en marcha. Unos se van... y otros esperan ya. Sólo él sabe que dentro de la precariedad temporal ha aprovechado todos los momentos, todas las ocasiones y que las ha servido en la sagrada comunión de las almas. Y este azar remoto define al maestro por sí mismo. Fabela, esta vez, también procedió como maestro: su pequeño, dejó de serlo. Debe irse, serenamente, sin angustia, sin obnubilación de llanto. Se ha sembrado en él, ternura, hábitos de trabajo, decisión, hombría. El maestro mira al horizonte porque dando lo mejor de sí mismo ya no tiene que dar,

habiendo dado lo permanente. Al viajero le comenta la obligación de la esposa, de los hijos no nacidos, de la continuidad en la marcha, sin términos ni pausas. El, quedará atrás, enhiesto sobre la colina escarpada, sorbiendo lejanías, seguro contra toda desviación, olvido o ruptura. Allí estará siempre, aunque ya no esté, con el cayado firme entre las toscas manos, vigilante, señero. Sabe que su obra es nexa vivo, invisible, actuante, incesante entre dos almas que en momento sagrado pudieron verse en paz a los ojos.

Pensamiento y obra. Formulación y práctica. Fe en para qué se vive y en cómo se vive. Dignidad y orgullo en ser parte y todo de una humanidad en ascenso. Esa equiparidad armoniosa ha sido en FABELA noble docencia, imán, confluencia, logro.

El harapo, el ayuno, la barraca, la sombra (material y del alma), la cárcel, el silencio, la servitud, la muerte prematura... no son banderas que tengan asta en México, en América, en el mundo, en el SIGLO DE LOS DERECHOS HUMANOS. Mantener aquel sistema y esta teoría es cultivar semillas de discordia, de tensión, de males sin cuento. La esperanza de un hombre nuevo y de una sociedad nueva no patrimonio ni moneda de usufructo de pueblo determinado, ajenamente a su potencia. Es acervo humano. No comprenderlo, demorarlo es tanto como parangonar —infantilmente— la potencia de la física, irrisoria, frente a la virtualidad del alma humana. Y la juventud lo presiente, lo sabe, pues lucha, confía, espera, muere porque el hombre se recupere en su posición estelar y porque la especie humana sea digna de un sitio en el universo.

FABELA ha dado su lección: vitalicia, rotunda, perennial. En él, y en hombres como él, de nuestra América y el mundo, bulle la esperanza. Por eso, la juventud —seguro instinto en la consecución de un mundo de valores vivos y actuantes— tiene en ellos una solución mexicana, una solución americana, una solución general. ¡Salud, Maestro y Amigo!...

México, D. F., 16 de septiembre de 1958